









LEGADO



AGUSTÍN
MÁRQUEZ DÍAZ

LEGADO





Primera edición: abril, 2024

© del texto: Agustín Márquez Díaz, 2024

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S. L., 2024

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz (LaPatry Cruz)

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S. L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>



Impresión: Kadmos, S. C. L.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-127650-3-8

Depósito legal: M-1143-2024

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.







ÍNDICE

CAPÍTULO I.....	15
CAPÍTULO 2	19
CAPÍTULO 3	27
CAPÍTULO 4	37
CAPÍTULO 5	49
CAPÍTULO 6	53
CAPÍTULO 7	65
CAPÍTULO 8	67
CAPÍTULO 9	77
CAPÍTULO 10	81
CAPÍTULO 11	83
CAPÍTULO 12.....	87
CAPÍTULO 13.....	93
CAPÍTULO 14.....	103
CAPÍTULO 15	109
CAPÍTULO 16.....	117
CAPÍTULO 17.....	121
CAPÍTULO 18.....	127
CAPÍTULO 19.....	143
CAPÍTULO 20	157
CAPÍTULO 21.....	165
CAPÍTULO 22.....	171
CAPÍTULO 23.....	175
CAPÍTULO 24	181
CAPÍTULO 25.....	185
EPÍLOGO A MODO DE EPITAFIO	187



Para los que saben estar y saben irse.



CAPÍTULO I

El nacimiento tan solo es el preámbulo de la muerte; aun así, nos empeñamos en seguir naciendo.

El día nueve de julio mi padre celebró mi nacimiento en un bar próximo a la oficina del Registro Civil. Su intención era la de inscribirme ese mismo día con el nombre de mi abuelo materno, Gabriel; sin embargo, la melopea le provocó una suerte de dislexia temporal que lo llevó a registrarme con el nombre de Grabiél.

Cuando tuvo el valor de contárselo a mi madre, después de que ella llevara semanas haciendo carantoñas a un tal Gabriel, dejó de dirigirle la palabra durante un tiempo. Mi padre se ofreció a realizar las gestiones oportunas y subsanar el error; mi madre, con la convicción de una fiel creyente en la sumisión al destino, se armó de valor para afrontar la fatalidad y se negó. Mi nombre forma parte de los chascarrillos en las reuniones familiares. Mi madre nunca pierde el semblante

serio cuando alguien cuenta la historia, pues toda la familia la conoce con puntos y comas. Mi padre nunca me llamó Grabiél, siempre fui Chaval.

Ese fue su primer legado. La primera herencia fueron sus genes, en los que llevo gestos escritos, la anatomía despegada del lóbulo de la oreja, la habilidad irremplazable de hacer la u con la lengua, la superposición del brazo izquierdo sobre el derecho al cruzarlos y la traza de ciertas enfermedades, como su hipocondría.

Con siete años fue a verme jugar un partido de futbito. Yo jugaba de defensa. De líbero. Mi padre se burlaba del entrenador por haberme asignado esa demarcación, «Poco fútbol tiene este en las piernas».

De camino a casa, después del primer partido, me dijo:

–Chaval, creo que el fútbol no es lo nuestro.

Por lo nuestro quería decir lo mío. Él había sido un buen futbolista. Jugó en segunda división en la demarcación de extremo izquierdo. En la única fotografía que conservaba de aquellos años, se le ve dando un pase desde la banda. «Ese centro acabó en gol», me decía cada vez que mirábamos la foto.

Si le dijese a mis hijas lo que me dijo mi padre aquel día, me culparían de haberles provocado un trauma.

Tal vez sea cierto.



Después de la indirecta, probé distintos deportes:

Kárate. Cinturón verde. Abandoné cuando hubo que comenzar a combatir. Llevaba mal verme vencido y humillado.

Balonmano. Esguince de tobillo. Me llevaron a una curandera. Los muebles y las paredes de la casa estaban repletos de imágenes sagradas. «Llora si quieres. No aguantes, cielo», me dijo la santera. Masajeó con fuerza el esguince, al tiempo que rezaba en alto. Salí caminando y los ojos encharcados.

Baloncesto. En el primer entrenamiento me hice una luxación en el dedo corazón de la mano derecha.

Volví al fútbol. «Chaval...». Volví a dejarlo.

Bádminton. En un punto forzado me tropecé. En la caída me golpeé con la raqueta en la boca y me rompí un incisivo. Le enseñé el destrozo a mi padre. Me revolvió el pelo, gesto que acompañó con un ademán de resignación.

Mi madre me llevó a un podólogo. Pies planos. Caminar despacio se convirtió en mi deporte favorito.

Mi padre decía que me tropezaba con las rayas de tiza.

Durante buena parte de su vida, mi padre tuvo dos empleos. Trabajó en una fábrica de juguetes hasta que lo despidieron con cincuenta y seis años. Recorte de personal a causa de la invasión del mercado chino en todas las naves del polígono y crisis económica. Después del despido, comenzó a trabajar de portero en una urbanización. Diría que aquel fue un trabajo de ensueño para él: le permitía estar hablando la mayor parte del tiempo. Sus empleos secundarios siempre fueron bares. Algunos propios. Otros ajenos.



A los trece años comencé a trabajar con él los fines de semana en un bar de unas instalaciones deportivas.

–Te vendrá bien. Perderás la timidez.

En el verano del noventa y siete, con dieciocho años, mi padre me recomendó a una amiga para trabajar en su empresa.

Se busca persona joven con ambición.

Cumplía uno de los requisitos.

Era una empresa de desarrollo de *software*. Contaba con cuatro edificios de oficinas. El trabajo consistía en ir de un edificio a otro a cambiar las cintas en las que se hacían las copias de seguridad de los servidores y almacenarlas en una caja ignífuga.

Transcurridos los primeros meses comprendí el primer requisito del anuncio. Se necesitaba ser joven e ingenuo para pasarse el día yendo en traje y a pie de un edificio a otro con el único objetivo de pulsar un botón, sacar una cinta e introducir la del día correspondiente. En ningún momento pude comprender el segundo requisito.

Ganaba setenta mil pesetas; mucho, demasiado, para alguien sin responsabilidades. Esto me dio la libertad para convertirme en un leal heredero del aspecto dipsomaniaco de mi padre.